

Milagro de Magdalena Sofía en Guanajuato.

Viene en “Memorias de la Reverenda Madre María Stanislas Tommasini, Religiosa del Sagrado Corazón, 1827 – 1913”. Roehampton 1917.

La Madre Tommasini fue Superiora de la casa de Guanajuato de 1887 a 1893. Sus memorias llegan hasta poco después de la fundación de la casa de México en 1883. Después alguien completo la biografía.

Fue en esta familia de Guanajuato, tan querida y donde se le apreció tanto, que la gran devoción de la Reverenda Madre Tommasini a nuestra Venerada Madre fue maravillosamente recompensada. La joven religiosa que ella había llevado de Canadá a Luisiana, se había reencontrado con ella en México y hacia el final de 1891 se estaba muriendo de una fiebre infecciosa. En enero, su estado era tan alarmante que el médico hizo preparar el ataúd para enterrarla enseguida después de muerta. El sábado 13 de febrero de 1892, la pobre enferma tuvo una crisis que se pensó sería mortal. Una fiebre aguda y dolores intensos, no le daban tregua. Al tercer día se le administró la extrema unción; estaba tan agotada que se acortó la ceremonia, y ella misma pensó que el final había llegado. La Madre Fréret, la asistente, sugirió entonces a la superiora que pidiera un milagro a nuestra Madre Fundadora, que entonces no era sino venerable. Esta idea respondía demasiado bien a la ilimitada confianza de la Madre Tommasini para no aceptarla con entusiasmo; pero cuando propuso a la moribunda unirse a la novena, pidiendo su curación, esta exclamó: “Por favor, Madre, no me pida eso, estoy suspirando por nuestro Señor, ¡ahora estoy preparada!” Y como se le explicó que si se obtenía el milagro de su curación, la causa de beatificación de Nuestra Madre avanzaría, la querida enferma, en su pena de no tener el permiso para morir, declaró que ella no era digna de que se realizara un milagro en su favor. “Quizás usted no sea digna de un milagro, hija mía”, respondió la sabia superiora, “pero nuestra Bienamada Madre es digna de realizar uno para que usted se cure”. “La Madre Jordan era demasiado buena religiosa para negarse a un deseo de la autoridad; a pesar de su repugnancia a seguir viviendo, unió sus oraciones a las de sus hermanas.

Comenzó la novena, parecía que los dolores de la enferma no hacían sino aumentar, su vida colgaba de un hilo, nos decía el doctor que ya contaba las horas. Pasaron dos o tres días, el mal iba empeorando, el ataúd estaba en el cuarto y el médico ordenó que lo cerraran herméticamente antes de que él volviera al día siguiente a firmar el acta de defunción. Fuera por el final de la novena o por una fiesta, pero una Misa solemne estaba siendo cantada en la capilla y toda la comunidad estaba presente excepto la enfermera que quiso permanecer al lado de la moribunda. Habiéndola dejado por unos instantes, al volver se acercó a ella y cuál no sería su estupor cuando la vio sentada en su cama y exclamando: “¡Estoy curada, estoy perfectamente bien!” Se acercó vacilante y vio que todo rastro de la enfermedad había desaparecido, la piel se había fortalecido, el pulso era normal. Convencida de la curación, la Madre Fréret corrió a llamar a su Superiora; cosa extraña, ésta, tan llena de fe en esta novena, tan entusiasta en su devoción filial a Nuestra Madre, parecía todo lo contrario, impactada por la magnitud del milagro. “Estoy curada, déjeme levantar”, le dijo a la Madre Jordan”. “No, hija mía, quédese en la cama.” Se necesitaron súplicas insistentes y fuertes señales de vida para que la Reverenda Madre Tommasini le

permitiera al fin un intento. Mientras tanto, el médico, teniendo en la mano el acta de defunción ya preparada, entró en la enfermería. ¡Nadie puede hacerse una idea de su sorpresa, de la alegría general, de la ardiente acción de gracias de todas, y, sobre todo, de la Superiora! ¡La Madre Jordan, que todavía era ecónoma, tuvo que pagar su propio ataúd! Lo transformó en un armario para conservarlo en su empleo y así darle un uso práctico y actual.

Su estadía en esta casa (Tejadillo, en La Habana, 1893) solo duró un año, porque una circunstancia especialmente significativa para su corazón filial, la llamó a México. El Obispo de León ya había comenzado un proceso para la certificación de un milagro hecho por nuestra Madre Fundadora a favor de la Madre Jordan; ahora era necesario que la antigua superiora de Guanajuato viniera a dar su testimonio. Las sesiones tenían lugar en el palacio de Monseñor en León, los días y las horas que convenían a Su Excelencia, pero lo inesperado de los avisos, las cuatro horas de viaje en tren, el cansancio por el calor muy fuerte, los inconvenientes debido al cambio de la vestimenta, no contaban para nada cuando se trataba de ir a proclamar ante el representante de la Santa Iglesia, la santidad de una Madre tan querida. Bien puede adivinarse su alegría íntima, su emoción tanto más profunda, ya que tuvo que contener su entusiasmo filial hasta que fue relevada de su juramento, una vez terminado el proceso.